





Necrópolis



Santiago Gamboa

Necrópolis

~
La otra orilla

Barcelona Bogotá Buenos Aires Caracas Guatemala Lima México
Panamá Quito San José San Juan San Salvador Santiago Santo Domingo



V Premio de novela
La otra orilla

convocado por

G R U P O
E D I T O R I A L
norma

~
La otra orilla

Un jurado compuesto por Jorge Volpi (México), Roberto Ampuero (Chile) y Pere Sureda (España) otorgó por unanimidad el Premio de novela *La otra orilla* 2009 –dotado con 100.000 dólares y en el que participaron 654 manuscritos (de un total de 16 países)– a *Necrópolis*. La obra fue presentada bajo el título *Adiós, Jerusalén* y el seudónimo Félix Maldonado, que resultó ser Santiago Gamboa.

A Analía y Alejandro, en Jangpura



«Sobrevivir es, al fin y al cabo, un acto tan
meritorio como buscar la verdad
hasta el agotamiento.»

SÁNDOR MÁRAI

«No es la historia de los países,
sino las vidas de los hombres.»

C. BUKOWSKI



I
EL CONGRESO



1

La invitación

La carta de invitación a ese extraño congreso, el Congreso Internacional de Biógrafos y de la Memoria (CIBM), llegó en medio de un montón de sobres sin importancia y por eso la dejé en el escritorio, sin abrir, por más de una semana, hasta que la empleada de la limpieza, que a veces se confiere el deber de ordenar mis cosas, preguntó, ¿y esta carta?, ¿a la papellera? Sólo en ese momento observé la estampilla, las letras en hebreo y la sigla del CIBM. La abrí pensando en algo banal, pero al empezar a leer quedé atrapado:

Estimado escritor, en razón de sus trabajos tenemos el gusto de invitarlo al Congreso Internacional de Biógrafos y de la Memoria (CIBM) que se celebrará en la ciudad de Jerusalén del 18 al 25 de mayo próximos. En caso de aceptar, le pediríamos que participe en una mesa redonda de tema aún por debatir, y que dé una charla o conferencia sobre las vicisitudes de su trabajo y el modo de encararlo, o sobre la vida suya o de cualquier otra persona que a su juicio merezca ser contada. El traslado y alojamiento, más los gastos de estadía, correrán por cuenta del CIBM. Le serán reconocidos unos honorarios de 4.000 euros. Favor responder a esta misma dirección adjuntando un currículum tan

completo como desee y una foto. Atentamente, secretaria general del CIBM.

Quedé sorprendido y, a decir verdad, halagado, eufórico. Una cascada de preguntas se agolpó en mi cabeza: ¿quién les dio mi nombre?, ¿qué tipo de congreso era ese?, ¿qué tenía que ver yo con el mundo de las biografías? He publicado varias novelas, algunos cuentos, una narración de viajes y miles de páginas periodísticas, pero nada de eso, que yo sepa, puede asimilarse al género biográfico; ¿por qué habrán pensado en mí?, ¿cómo dieron con mi dirección? El atardecer me sorprendió con las mismas preguntas, que iban y venían sin encontrar respuesta.

Debo decir que era una época de gran lentitud. Las manecillas del reloj giraban y giraban pero eso no significaba absolutamente nada para mí. Pasaba las horas mirando una fotografía en el periódico o incluso la portada de un libro, sin llegar a abrirlo, atento al vacío y a mis propios sonidos internos, los latidos de ese “corazón revelador” del que habló Poe, o el torrente de la sangre y la tensión de ciertos músculos. Acababa de salir de una larga enfermedad que me apartó de la vida que había llevado hasta entonces, la de un escritor activo y más o menos presente en el mundillo de las letras. ¿Qué ocurrió? Mis pulmones se poblaron de un maligno virus, el hanta, que llenó de líquido los alvéolos pleurales y licuó los capilares generando charcas de brutal infección, infestadas de glóbulos blancos. La fiebre me convirtió en huésped fijo del hospital hasta que alguien decidió mi traslado a un centro médico en las montañas, un sanatorio para enfermedades respiratorias y del pleura donde estuve poco más de dos años, lejos de todo lo que era mío y que, al fin y al cabo, resultó no ser de nadie, pues desapareció en cuanto me alejé montaña arriba (como Hans Castorp).

La enfermedad crea un vacío y con el tiempo este se convierte en la única e inagotable relación con el mundo. El enfermo

camina por un cráter donde antes pudo haber un lago o incluso una ciudad, y se hace preguntas del tipo, ¿qué ocurrió aquí?, ¿por qué está esto tan solo?, ¿a dónde se fueron todos? Luego nos invade una gran quietud, y el pasado, lo que éramos antes, se disuelve como azúcar en el humeante café. Es un efecto muy extraño e incluso agradable, lo digo en serio. Tiempo después, cuando las charcas de mis alvéolos se secaron y dejaron de expeler pus, sentí una inmensa fatiga. Había invertido todas mis fuerzas en sanar. En ese tiempo leí mucho, pero dejé de escribir, pues es más fácil prescindir de lo que aún no existe ni tiene forma. Fue lo que aprendí en esos años de quietud y observación silenciosa.

Ya que estamos en esto —y ateniéndonos a las estrictas leyes de la narración—, podría ser útil decir algo más sobre mi persona. He trabajado en la radio pública haciendo programas e informativos nocturnos; he sido corresponsal de diarios, escrito media docena de novelas que circularon con decoro en varios países; he cursado estudios literarios y, sobre todo, leído en desorden a los clásicos, aunque también a mis contemporáneos, algunos de los cuales, por cierto, deberían ser severamente llamados al orden, pero en fin, ya se sabe que la literatura acaba siendo un terreno yermo en el que cualquiera puede clavar su pico. Yo mismo lo hice.

De mi vida privada hay poco qué contar. Llevo más de veinte años residiendo en Europa y ahora vivo en Roma, en la via Germánico, barrio de Prati, a dos pasos del Tíber y la Ciudad del Vaticano, un lugar cómodo pero algo ruidoso pues absorbe los sonidos de la calle y los del propio *cortile* o patio interno, que son de todo tipo, desde los ronquidos de un anciano alcohólico, con seis *bypass* y cáncer de tráquea, hasta los jadeos de la joven vecina de arriba cuando fornicaba con su novio, algo enloquecedor, sobre todo si uno está tratando de leer a Epicteto, el gran filósofo estoico.

Pero vuelvo a la carta.

Al día siguiente, a eso de las once de la mañana, encendí el computador con la idea de responderle al CIBM aceptando la propuesta. Antes fui a la ventana y miré hacia afuera, pues volví a sentir ese antiguo deseo de aplazar la escritura, de interponer pequeñas tareas que de repente se volvían imperiosas. Al fin me senté y dije, solemne: la letra que toque será la primera en veintisiete meses, ¿por cuál empezar? Hundí tres veces la x a modo de prueba y luego la L. Estiré los dedos y volví a contraerlos, me sobé los antebrazos, salté sobre el sillón para calibrar los muelles y alejé las pantuflas con la punta de los pies. Estaba listo. Ya no podía hacer nada distinto a escribir.

Estimados amigos del CIBM, es a la vez un honor y una sorpresa recibir esta invitación, que de inmediato acepto. Quedo por tanto a la espera de instrucciones sobre la logística, modos de proceder o información suplementaria, a lo que agrego una petición, o más bien el esclarecimiento de una duda, y es cómo tan prestigiosa institución supo de mí y en razón de qué motivos tuvo la gentileza de invitarme a su congreso, tratándose de alguien en cuya obra no hay un libro de carácter claramente biográfico, si bien soy un apasionado lector del género, y no siendo más me despido, amablemente, con el testimonio de mi consideración más alta.

Y una posdata que decía, “adjunto currículum vítae”.

Volví a la ventana para tomar distancia antes de releer y me concentré en el acontecer de la via dei Scipioni. Esta es una de mis ocupaciones principales: mirar abajo a la calle y observar a la gente y preguntarme quién es esa gente, qué hacen allá, qué los mueve a salir y qué los mantiene en movimiento. Un joven repartidor de pizzas estacionaba su moto cerca de la esquina sin dejar de hablar por teléfono. Una estudiante cruzó la calle y entró en el portal de enfrente con gran estrépito. Al fondo, el

propietario del mini mercado esperaba a los clientes en la calle y daba instrucciones a su hijo, que apilaba cajas de agua mineral. La vida regresaba despacio, así que volví a leer la carta. Después la imprimí, la metí en un sobre y fui a la agencia postal, tres calles más allá.

Regresé dando un paseo hasta el Café Miró, en la avenida Cola di Rienzo, una de mis oficinas de la zona, pero a la segunda taza me di cuenta de que no podía pensar en nada distinto al congreso, y lo mismo los días siguientes, algo que fue creciendo hasta convertirse en el eco de un grito, un grito apresado en las paredes de un barranco. Empecé a espiar los movimientos del portero en la repartición del correo con la imposible pretensión de ver desde el cuarto piso del *cortile* si alguno de los sobres era del CIBM.

Pasaron los días y empecé a resignarme. Se habrán dado cuenta del error, me dije, yo mismo los puse sobre aviso; muy bien, habrá que volver a lo de antes, la lenta reconquista de mi vida, aun si pude intuir que algo sorprendente iba a ocurrir y por eso esperé en la ventana o sentado en las bancas de las plazas romanas, jugando solitarios en el computador o viendo viejos partidos de fútbol en los canales privados.

Todo lo que uno espera acaba por llegar (lo dicen en *Apocalypse Now!* y ya lo cité en algún libro), y así un buen día el ansiado sobre llegó. Lo reconocí desde arriba y me precipité al ascensor con la convicción de que debía abrirlo al resguardo de miradas extrañas, lejos del malvado portero, por ejemplo, del que hacía tiempo tenía motivos para desconfiar por fisgón y fascista. Por eso agarré el paquete y lo oculté bajo el faldón de mi chaqueta, un gesto que el viejo desaprobó con una horrible mueca.

Cuando entré a mi casa sentí alivio y pude revisar lo que había llegado. Con cierto morbo dejé a un lado el sobre que más me interesaba y abrí uno que contenía publicidad de un gimnasio y dos cartas de mi agente literario con pagos de regalías (26,50 euros

la primera y 157 euros la segunda). El sobre del CIBM me devolvió el entusiasmo, aunque pensé que declinarían la invitación. Lo miré a contraluz y me dije, pedirán disculpas y anunciarán algo a manera de contentillo, que enviarán el libro con las actas o cosa por el estilo, pero cuál no fue mi sorpresa al leer el encabezado y encontrar lo siguiente: señor tal y tal, gracias por confirmar su presencia en nuestro congreso, por favor llene los impresos que adjuntamos a continuación y envíelos de vuelta a nuestras oficinas, precisando si desea quedarse en Jerusalén todo el tiempo (lo que apreciaremos) o si prefiere limitar su estadía. A vuelta de correo recibirá el código para retirar los pasajes aéreos, los temas sobre los cuales le pediremos que disertar están en el cuadernillo adjunto, de nuevo agradecemos su interés, atentamente, secretaria general del CIBM.

Sentí una alegría primitiva y mis ojos se aguaron (tras la enfermedad todo me emocionaba en exceso, algo un poco ridículo). Agradecí la carta mirando hacia el turbulento cielo romano. No creo en nada distinto a los clásicos de la literatura, pero me dieron ganas de gritar: ¡si alguien está escuchando allá arriba, gracias! Dentro del sobre había un impreso en el que se me hacían 36 preguntas, así que me senté a contestarlas pesando cada palabra. Estaba confirmado y ya no había temor a decir algo inconveniente, pero deseaba responder lo mejor posible. Incluso deslumbrar.

En primer lugar, dejé claro que no había temas sobre los cuales creía tener problemas o sensibilidad especial, ni políticos, religiosos, sexuales o morales (preguntas 1 a 25); luego redacté una narración breve exponiendo intereses intelectuales y puntos de vista estéticos (preguntas 26 a 34), algo que, por cierto, me fue de gran utilidad, pues no lo había hecho nunca y, finalmente, me exhibí en mis limitaciones de salud y físicas (35 y 36), algo que me alegró encontrar, como se alegra el alumno que conoce la respuesta a una pregunta, pues me permitía mencionar mi

enfermedad, que había sido y ocupado mi vida en los últimos años. También encontré el cuadernillo de temas donde se hablaba de las mesas redondas, las cuales tratarían las relaciones entre el lenguaje y el pasado, a una de las cuales se me invitaba a participar en los siguientes términos, “De las múltiples formas para recordar, evaluar, aprehender y transmitir una vida”. También se me pedía una charla de corte biográfico “sobre algún asunto literario, vital, sociológico, humano, arquetípico, etc., que permita establecer relaciones con el gran tema del congreso, a saber, *El alma de las palabras*”, algo lo suficientemente vago como para incluir cualquiera de mis viejas conferencias, así que no me preocupé, concentrándome más bien en el conversatorio o mesa redonda, que suele ser lo más complejo, ya que varía según los temas que saltan al ruedo y no siempre es fácil anticipar.

Fui a buscar algunos libros que trataran el tema de la memoria y la vida de las palabras y pasé la tarde consultando ensayos de Borges y textos de Adorno, poemas de Cavafis, revisando algunos conceptos de Deleuze, a quien jamás logré entender cabalmente, y agregando cosas de mi propio huerto, aunque pocas; no he sido nunca fuerte en teorías ni en pensamiento abstracto. Durante esas horas no diré que fui feliz, pero sí me sentí absolutamente satisfecho. Estaba ocupado en labores intelectuales y haciendo que ocurriera algo. Tenía por delante una segunda oportunidad.

Un poco más tarde, leyendo bajo el chorro de luz de una vieja lámpara –serían ya las tres de mañana, la hora del dolor en los hospitales o la hora de los lobos– me di cuenta de que no había hecho algo fundamental, que es mirar la lista de invitados, algo que, en épocas pasadas, siempre era lo primero, y muchas veces de eso dependía que aceptara o no participar.

Recordé un brumoso congreso en la ciudad de Goteburgo, en pleno invierno nórdico, con el vistoso nombre de “Tendencias narrativas actuales o la música oscura de las ciudades”. Ver en la lista de invitados a Rodrigo Rey Rosa, Horacio Castellanos Moya

y Roberto Bolaño me animó a aceptar, y para allá me fui en un avión sueco que, tras dejar el limpio cielo italiano, se adentró en la atmósfera gris del norte y debió romper con su trompa una costra de hielo antes de posarse en una gélida pista. Luego un hotel de escaleras de madera y alfombras raídas, la pensión Osaka, y la cara circunspecta de Rey Rosa y Castellanos Moya, ateridos de frío, con la noticia de que Roberto Bolaño no había llegado en el vuelo previsto y que no vendría en ningún otro, pues había cancelado a última hora, eso tan típico en él, que hacía temblar a los organizadores de eventos. La desilusión se cernió sobre nosotros y nos sentimos solos, como tres adolescentes perdidos en las calles inhóspitas de una zona industrial. Al día siguiente, cuando hubo que hablar de literatura y de ciudades en la niebla ante un público cubierto de bufandas, apenas logramos hilar ideas vagas, y no sé si es ya el recuerdo de lo que pasó después, pero al despedirnos en ese desolado aeropuerto, más parecido a una morgue o a una catedral gótica, Castellanos Moya, Rey Rosa y yo teníamos los ojos enrojecidos, como cuando uno evita hablar de algo trágico que pugna por salir y que, sin duda, tenía que ver con Bolaño, con la ausencia de Bolaño.

Pero vuelvo a la lista de invitados.

Por supuesto no encontré amigos, como era de esperar, pero sí una serie de nombres que me llamaron la atención y que, por eso, copié en mi libreta:

LEONIDAS KOSZTOLÁNYI, Hungría, 62 años, anticuario, especialista en “vidrio prensado” y marquetería del siglo xvii. Vive en Budapest. Sus obras más recientes son *Vida y efemérides del Barón Sarim Bupcka*, *Las calendas de Tolomeo*, *Regreso de Tasmania* y un *Diccionario de la brevedad*.

EDGAR MIRET SUPERVIELLE, Francia, 64 años, bibliófilo, especializado en textos religiosos judíos. Ha pasado mucho

tiempo en Israel, Lituania y Nueva York. Gran aficionado al ajedrez, es autor de *Vida de Boris Alekhine*, *De Nabokov a Stefan Zweig, escritores ante el tablero*. En otros temas, ha publicado *La palabra esencial de Ben Yehuda* y un *Herodes Antipas* en tres volúmenes.

Todos habían enviado extensas hojas de vida, con gran detalle de viajes y estadías en el extranjero. En mi caso el currículum era bastante escueto, sólo una lista de libros y los pocos trabajos realizados.

El más breve era el siguiente:

KEVIN LAFAYETTE O'REILLY, Isla de Santa Lucía, autor de *Memories of the Purple Ghost*. Soy negro.

Y el más llamativo:

SABINA VEDOVELLI, Italia, actriz porno. Fundadora de Estudios Eva y protagonista, entre otros films, de *El cementerio de los polvos perdidos* y de la trilogía: *¡A follar, a follar, que esto se va a acabar!* (lineamientos para un “porno de izquierda”). Es autora de *Kevin McPhee: la leyenda*, *Marcello Deckers o el moderno Priapo* y *Aaron Sigurd, el rey de los treinta y dos centímetros*.

Fui a buscarla a internet y encontré 320.000 entradas. Había un portal web de su productora con referencias a sus películas y otro más que parecía ser el suyo propio, su portal oficial, que traducido del italiano sería algo así como, uve doble uve doble uve doble, punto, te la chupo punto com. Incluía fotos, videos cortos y narraciones, con el subtítulo “Holocausto del himen”. Abrí una procedente de México que decía lo siguiente:

Yo estaba al borde de la piscina. Tenía puesto un string muy pequeño que se hundía en mi panocha afeitada y me había quedado en tetas, pues las marcas en la espalda son feas. Frank nadaba con indiferencia hasta que se acercó y dijo, ¿qué onda, Mireyita? Me di vuelta sin decir nada, no más le puse mi par de nalgotas delante, para que aprendiera y se antojara de mi ojete, que era todavía virgen, o para que se diera por enterado el muy sonso, ¿consiguen? Frank salió del agua, me abrió las piernas y me la metió de sopetón, hasta el fondo, o como dicen en Sinaloa, hasta la mera glotis y de a reversa. No me dolió porque estaba mojada, y no me refiero al agua turquesa de la piscina sino a mi propia fuente, porque ese hombre con sus músculos y su pelo de güerito y su cara de chamaco fresa me hace botar aguas, y habría dado la vida porque su pinche verga tuviera treinta o cincuenta centímetros más y me llegara hasta el duodeno. Luego, cuando se chorreó, botó tanta leche que estuve goteando tres días.

Además de los escritos estaban las fotos de la Vedovelli. En una de ellas un varón le metía el brazo por el ano y ella sonreía y mordía una cofia blanca de enfermera; el hombre tenía puesta una blusa médica y llevaba colgado al cuello un estetoscopio. Sería extraño encontrarla en el congreso.

Sigo con los invitados más llamativos, pues en el caso de algunos esto servirá a modo de presentación previa de futuros personajes, si es que el tiempo, como en las novelas de Balzac, puede medirse en páginas.

MOISÉS KAPLAN, Colombia, 64 años. Historiador, filatélico, coleccionista de sellos. Vive entre Nueva York y Tel Aviv. Sus libros más conocidos son: *De Palestina al valle del Aburrá*, *Biografía de Antón Ashverus* y un libro de gramática titulado *Contra el diptongo y el hiato*.

JOSÉ MATURANA, Miami, 56 años, ex pastor evangélico, ex convicto, ex drogadicto. Purgó siete penas por asalto a mano armada en Florida y Charleston antes de encontrar la LUZ con la ayuda del reverendo Walter De la Salle, fundador del Ministerio de la Misericordia, iglesia y consultorio para drogadictos, alcohólicos, prostitutas, depresivos, suicidas, violentos, antisociales, pedófilos y demás desviaciones que quieran recuperarse a través de la Fe. Entre sus obras figuran *Milagro en Moundsville*, *Cristo se detuvo en Crack Drive* y *Los redentores de South Miami*.

Llegado a este punto perdí la noción de la realidad, pues los invitados y sus estrafalarias vidas parecían sacados de obras de Tennessee Williams, esos dramas portuarios donde todos están ebrios y desesperados, donde mujeres y hombres se anhelan con violencia y todo es profundamente trágico, pero también me dije: ese es mi lugar, al fin y al cabo, con mi enfermedad y mi soledad y mis novelas, ¿qué pensará el ex reverendo al leer mi semblanza? Los del CIBM tuvieron razón al invitarme, aun si en el fondo, qué duda cabe, cometieron un error, un colosal error.

Poco antes del amanecer –siguiendo las volutas de humo del cigarrillo que tenía prohibido fumar–, me dije que tal vez los del CIBM vieron algo en mi trabajo que yo ignoro y que sí tiene relación con las biografías y las vidas excepcionales, y que puede estar por manifestarse, como tantas cosas evidentes para los demás y sin embargo ocultas a nuestra vista: las ballenas blancas o Moby Dicks que uno lleva por dentro y no puede ver, así que me dije, habrá que estar muy atento, y sentí, a esa hora nocturna, que por nada del mundo me perdería el congreso, que asistiría desde el primer día hasta el último.

Al día siguiente desperté muy tarde, casi al mediodía. Sobre la mesa de trabajo, al lado del cenicero acusador, encontré una botella de ginebra con el nivel muy por debajo –no tuve el valor

de mencionarlo antes— y comprendí que gran parte de mis elucubraciones (lo referido a Moby Dick, por ejemplo) provenían de ese perverso analista y futurólogo al que se refiere Malcolm Lowry en uno de sus poemas, cuando dice, “*The only hope is the next drink*” (“la única esperanza es el siguiente trago”), ah, el viejo Lowry, pero en fin, era hora de seguir pensando en los temas del congreso, así que tras un ligero refrigerio volví al trabajo y al cabo de unas horas tenía abiertos libros de Voltaire, Goethe, el *Tractatus logico-philosophicus* de Wittgenstein, que nunca he leído, pero que me contaron y del que recordaba una cita que no pude encontrar; y como siempre los diarios de Julio Ramón Ribeyro y sus extraordinarias *Prosas apátridas*, junto a Cioran y a Fernando González, el “filósofo de Otraparte”.

Leí y leí, saltando de un libro a otro, y como suele ocurrirme acabé releiendo versos de Gil de Biedma y párrafos de Graham Greene, dos o tres principios de Cortázar y versos de León de Greiff, el gran León, que tuvo el valor de escribir lo que sigue:

*Señora la Noche, depáreme el Sueño. Que duerma muy largo
mi Cansancio
Yo con él, ¡Oh, Noche! Por siempre durmamos:
¡Mañana ni Nunca ven a despertarnos!*

Y por ahí continué, libro tras libro, frase a frase, de Epicteto a Les Murray, de Musil a Panaiti Istratis, de Bufalino a Malraux, a veces sólo un párrafo o una frase, y entonces volví a pensar en el género biográfico y extraje del anaquel el *Primo Levi* de Ian Thomson, y el *Charles Bukowski - Locked in the Arms of a Crazy Life*, de Howard Sounes, la vida del pobre y solitario Bukowski, con su monstruoso acné —más fuerte que el mío, que pobló mis mejillas de cráteres—, su alcoholismo y su amor por los rincones oscuros de los bares, por la gente desesperada, y fue pasando el

tiempo hasta que el cielo de Roma empezó a llenarse de sombras y aterradores agujeros negros, como en los cuadros de Caravaggio, y entonces me pregunté si esas vidas escritas eran reales o si su única realidad era la propia escritura, el haberse convertido en palabras, poblado páginas destinadas a seres casi tan desesperados como ellos mismos, personas tristemente normales que es lo que puebla este mundo de espejismos, relojes y atardeceres de espanto como el que ahora se perfila desde mi ventana, en el horizonte de la via dei Scipioni, y que me recuerda que es hora de bajar a cenar.

La *trattoria* de Cola di Rienzo está a un par de cuadras, en la esquina de la via Pompeo Magno con la calle Lepanto. Allí suelo pedir un plato de espaguetis a la amatriciana, ensalada de alcachofas y una botella de vino blanco. Con eso en la mesa podía continuar elucubrando en aquello que subyace detrás de los libros, baúl al que van a parar los temores de tantos solitarios que, como yo, en esta noche, necesitan comprender algo para decirlo a otros que no lo necesitan ni lo han pedido, o más bien para decírselo a sí mismos y poder continuar, con el cerebro hirviendo de imágenes y presagios. Así fueron pasando los días, entre libros, cenas en la *trattoria* y torvas miradas de mi portero, que algo sospechaba desde que vio el sobre y las letras en hebreo. El otro día, por ejemplo, me detuvo en el portón para decir que en uno de los pasquines de su movimiento había un artículo sobre los rasgos físicos de los judíos, algo que, según dijo, los hacía ser menos potentes sexualmente, pero no le hice caso y me alejé, pretextando una llamada de mi médico.

Las páginas que antes estaban en blanco se fueron llenando, y así, poco antes del viaje, logré acabar un borrador de conferencia que titulé “Palabra escrita en el hueco del silencio”, donde quise explicar cómo la percepción literaria de las palabras es un torrente subterráneo que corre muy al fondo, dictado por el ulular lejano

y oscuro de la creación, con retazos de varios autores y un tono kafkiano similar al de *Informe para una academia*. También guardé en la misma carpeta tres textos antiguos sobre temas afines, pues sabía que en las mesas redondas estos son siempre de gran utilidad.